

El gran silencio

Ángel Darío Carrero

El director de cine alemán Philip Gröning deseaba hacer una película sobre el tiempo. En el camino se percató que debía penetrar en la selva desértica del silencio. El silencio narra el tiempo y su destino. Como primer reto tendría que rastrear hasta dar con alguno de sus hospedajes recónditos; justo en un siglo adicto a las jaulas de las palabras.

Milagrosamente aún quedan parajes donde los relojes y los calendarios se consideran como lo que son: la raquílica manguera, no el agua. Lugares donde la luz, no sólo la cruz, permanece estable mientras el mundo da vueltas.

No fue tan sencillo, requirió subir alto y hacia adentro: la Grande Chartreuse, un monasterio cartujo del siglo XI ubicado en un recodo intocado de los Alpes franceses. Pongámosle ahora fecha al deseo, aunque debe haberse alojado mucho antes, y furtivamente, en el inconsciente del cineasta: 1984.

Gröning decide solicitar permiso al Prior para rodar allí una película sobre el tiempo, el inaprensible. Aceptaría todas las condiciones. Prometieron darle pronto una respuesta. Dieciséis años después, repito, dieciséis años después, le brindaron una contestación por demás monosilábica: sí. La espera, la otra hermana inseparable del tiempo. Los monjes le ofrecieron el lugar propicio, pero no sin antes entrenarlo en el método cinematográfico más cónsono posible: la paciencia.

Por supuesto, hubo condiciones. Pero no las del ego, aquéllas que establecemos de antemano para quedar ficticiamente mejorados en la foto de grupo. Todo lo contrario: nada de luz artificial, nada de música de fondo, nada de comentarios explicativos, nada de ayudantes: nada de nada.

¿Por qué elige el artista la inmersión desnuda? ¿Por qué no se lee mejor “El ser y el tiempo” de su paisano Martín Heidegger? El cineasta nos sirve de inmediato la respuesta: “hoy nos sobra información, pero nos falta experiencia”. Gröning buscó y halló en los monjes contemplativos lo que también añoraba, en el siglo IV, el filósofo y poeta chino Chuang-Tzu: “¡Ay quién pudiera encontrar a alguien que haya olvidado las palabras, para conversar con él!”. La altísima pretensión del arte: conversar con el silencio vivo.

Gröning, que estudió medicina y psicología antes de dedicarse al cine, pasó seis meses viviendo en la cartuja. Llevó consigo dos cámaras: una de alta definición y otra Super 8, con la que solía hacer sus experimentos de niño. Rodó unas 120 horas para armar una película de 164 minutos de pura meditación. Le tomó dos años editarla. Insufló en ella el ritmo de la respiración profunda y pausada. La

inmovilidad que permite descubrir el movimiento eterno de la vida. La pobreza que acerca al tesoro de lo esencial. La repetición que nos libera del afán de controlarlo todo. ¡La exaltación de lo cotidiano! El silencio que nos muestra el manto con nuestro verdadero rostro. No nos explicará lo que es el tiempo: nos hará sentirlo. El verdadero arte muestra, no demuestra.

“El gran silencio” (2005), un verdadero ensayo poético con la textura intimista de Zurbarán, se convirtió en un acontecimiento cultural en Alemania, Austria, Holanda, Italia y España, tanto por la acogida inesperada de los espectadores como de los críticos. Se ha llegado a comparar al realizador con directores de la talla de Robert Bresson, de Andrei Tarkovski y de Carl Dreyer. La película ganó el Premio especial del Jurado en el Festival de Cine de Sundance; Premio al mejor documental del Cine Europeo, del German Film Critics Award, del Festival de Sao Paulo y del Bavaria Film Award. Un merecido revuelo que, extrañamente, no tuvo eco alguno en Puerto Rico. ¿Por qué?

No lo sé a ciencia cierta, pero me lanzo a esbozar una hipótesis. Mientras en Europa se estrenaba esta película, e iba ganando adeptos, en Puerto Rico se hacía otra de muy distinto talante, pero con el mismo título, que abonó seguramente a la confusión: “El gran silencio”. Se trata, según me cuentan, de la historia de un grupo de fundamentalistas que mantenía en un cerco de terror moralizante a la población de una Ínsula Barataria.

Repentinamente, cesan los pronunciamientos hostiles. Se instala el gran e inesperado silencio. Poco a poco se irá revelando que no necesitan exponerse públicamente porque ya son parte del poder político establecido. Gobiernan compungida y descaradamente. La película todavía se está filmando, pero ya pueden verse los primeros avances. También trata del tiempo: del tiempo perdido.

A Pascal le aterrorizaba “el silencio de los espacios siderales”, a mí, en cambio, me intriga este silencio histriónico de los fundamentalistas.

*Publicado en Perspectiva, *El Nuevo Día*, hoy domingo 26 de septiembre de 2010.